

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
FRANCISCO DE
BORJA PAVÓN
V

ACADÉMICOS en el recuerdo 5

J. M. ESCOBAR
M. VENTURA
COORDINADORES



2021

ACADÉMICOS en el recuerdo

5



Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Miguel Ventura Gracia

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

Colección Francisco de Borja Pavón

ACADÉMICOS en el recuerdo 5

Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Miguel Ventura Gracia

REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CÓRDOBA

2021

ACADÉMICOS EN EL RECUERDO - 5
Colección *Francisco de Borja Pavón*

Coordinador científico:
José Manuel Escobar Camacho, académico numerario
Coordinador editorial:
Miguel Ventura Gracia, académico numerario

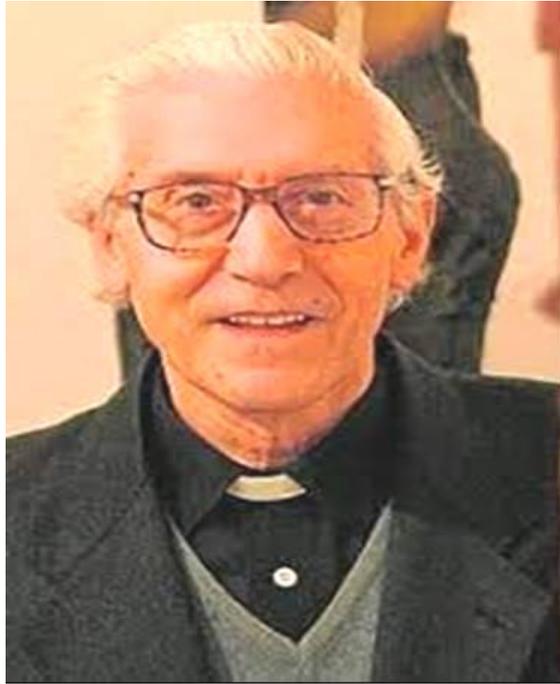
Portada:
Manuel Pineda Priego

© Real Academia de Córdoba
© Los Autores

ISBN: 978-84-124797-8-2
Dep. Legal: CO 1441-2021

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com – Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.



**SEGUNDO GUTIÉRREZ DOMÍNGUEZ (1932-2012):
LA RELIGIÓN, LA POESÍA Y LA MADERA**

por

ANTONIO CRUZ CASADO
Académico Numerario

ALGUNOS DATOS BIOGRÁFICOS

Aprendí a estimar la madera nada más nacer: en la cuna labrada primorosamente por mi padre (Deogracias, carpintero) para sus seis vástagos, con mi madre Zósima. Fueron los primeros meses. Pasados muchos años descubrí una libretita de él donde, entre las anotaciones del trabajo, apuntaba los sucesos familiares y leí: Hoy, 27 de junio de 1932, nos ha nacido el tercer hijo, se llamará Segundo por su tío y padrino y José por la mucha devoción que se tiene en el hogar al Santo Carpintero, padre adoptivo de Jesús.

Estas palabras de carácter autobiográfico, que recoge nuestro compañero académico Juan José Primo Jurado, en un artículo¹ del año 2008, reflejan ya dos constantes en la vida de Segundo Gutiérrez: la madera y el sentimiento religioso.

Recuerda en otra ocasión, en un texto incluido en nuestro boletín, su pequeño pueblo natal, un lugar con poco más de doscientos habitantes en la actualidad, allá en la provincia de Zamora:

Bretó de la Ribera —escribe— puntito imperceptible en la piel de España. Bretó, recostado a la vera del Esla, despierto o dormido —siempre soñando—. El padre río Esla, con sus afluentes el Tera y el Cea, que siempre en mis tiempos de catecismo me parecieron un símbolo trinitario. Sus aguas límpidas, donde podían espejarse las percas y los barbos, las bogas o las anguilas. [...] el río Esla, que cuando se salía de

¹ Juan José Primo Jurado, «Padre Segundo: madera y oro», *ABC*, 19 de noviembre de 2008, p. 10. Muchos de estos recuerdos se encuentran también en los artículos del mismo Segundo Gutiérrez, «Juan de Mena y Juan de Mesa, dos vidas admirablemente paralelas», *Boletín de la Real Academia de Córdoba (BRAC)*, 124 (1993), pp. 165-180, y «El misterio de la madera», *BRAC*, 150 (2006), pp. 195-199, este último incluido como apéndice del presente trabajo, porque nos parece muy valioso en relación a la trayectoria vital del personaje y al contenido espiritual y estético de sus creaciones.

madre, llegaba a lamer los maderos que mi padre arrumbaba contra las paredes del taller².

Como sucede en muchas ocasiones, es en la infancia de la persona donde se gesta la vocación y las vivencias que van a marcar profundamente su vida; de esta manera recuerda su visita a la ciudad de fray Luis:

Salamanca, la primera ciudad con la que se encontró —admirada— mi niñez, cuando mi padre —carpintero— me llevó a que viera la feria de maderas en San Mateo. Ocho años tenía yo cuando me maravillaba ante tantos edificios, que, acariciados por el primer sol, me parecían de oro. Mi padre compraba allí maderas para hacer carros de labranza, y yugos y cubas y armarios; y yo me arrogaba ufano el derecho y el deber de ayudarle. Allí nació mi vocación a la talla de Cristos o de Inmaculadas³.

Y andando el tiempo, esa afición infantil a las tallas de cristos y de vírgenes, aprendida en el taller paterno, se convierte en uno de sus mayores gozos, en un recurso anímico, espiritual, que conecta su sentimiento humano con el mundo religioso y que, incluso, sirve de puente o enlace entre su tierra castellana y nuestra Córdoba; y así escribe, no sin emoción:

¿Y quién me iba a decir en aquel entonces, que, saliendo de los círculos del sueño, iba a topar yo con la incomparable y amiga Córdoba? Y que labrarían mis manos una imagen de la Virgen Inmaculada, recordando y recogiendo los símbolos de la Imagen pequeña que trajo Fernando el Santo desde mi tierra benaventiana⁴.

La vida de Segundo Gutiérrez Domínguez va a estar, como venimos diciendo, a partir de entonces, asociada a sus dos grandes vocaciones: la vida religiosa, vida de cristiano auténtico, a nuestro parecer, de hombre que realiza siempre acciones en beneficio de otros, sin alharacas, como sin darle importancia, y, además, la devoción por el arte escultórico; en este último aspecto, se indica en varios lugares que llegó a esculpir más de diez mil piezas, en madera, de una variedad y

² Segundo Gutiérrez Domínguez, «Plegaria ardiente y angustiada (Fray Luis de León)», *BRAC*, 132 (enero-junio, 1997), p. 35.

³ *Ibid.*

⁴ *Ibid.*, p. 36.

calidad extraordinarias, función artística que no deslindaba precisamente de su vocación sacerdotal, sino que puede considerarse más bien como una especie de extensión evangelizadora. Al respecto, afirmaba en una entrevista de 2006:

estoy convencido de que mi predicación con la madera ha sido mucho más que con la palabra. Y con la palabra he predicado miles de sermones, pero creo que he hecho mucho más con la escultura. Diez mil esculturas hablando por todo el mundo. Me decía un padre que cada una de mis esculturas era como un libro abierto en cada una de las familias que las tiene⁵.

EL ARTISTA, EL POETA

Es posible que nuestro sacerdote artista tuviera una facultad especial para encontrar lo que un simbolista⁶ llamaría el alma de las cosas, el alma de los árboles y de las maderas, de tal manera que podía imprimir un relieve más acentuado de espiritualidad en esos árboles, en esas maderas, que ya ofrecían un esbozo natural de una imagen; porque para los profanos, un bloque de piedra o un tronco de árbol no significa ni sugiere nada, pero para un artista estos elementos encierran ya una figura que es necesario descubrir y mostrar a los ojos atónitos de los demás.

Sabemos que el padre Segundo Gutiérrez fue también poeta, y nos hubiera gustado abundar ahora en esta faceta, sobre la que volveremos sin duda en otra ocasión, pero queremos recordar al respecto las

⁵ Luis Miranda, «Segundo Gutiérrez, sacerdote y escultor» [entrevista], *ABC*, 16 de octubre de 2006, p. 47.

⁶ Es una idea que encontramos también en algún novelista español de principios del siglo XX; en este caso en las palabras de un personaje aficionado a la pintura, la joven Carmen, que comenta al respecto: «hasta llegar al perfecto parecido de una reproducción fotográfica, entiendo que es de una dificultad insuperable relacionar estas líneas con el carácter del sujeto o con el alma de las cosas. Porque también las cosas tienen su alma. Hay árboles tristes, y árboles alegres, y árboles comunicativos y dicharacheros, y los hay también huraños, reconcentrados en sí mismos. Un ciprés siempre será un ciprés; pero crea usted que, para quien sabe ver el alma de las cosas, no se parecen en nada el ciprés de un cementerio y el de un jardín de niños», Pedro Mata, *Corazones sin rumbo* [1916], en *Las mejores novelas contemporáneas, 1915-1919*, ed. Joaquín de Entrambasaguas, Barcelona, Planeta, 1967, tomo V, p. 499.

palabras que le dedica Mercedes Fernández, motivadas por el nombramiento de nuestro amigo como académico numerario, el 19 de marzo de 2009:

Como poeta: ¿qué decir? Sus poemas nos llegan al alma y nos transportan a ese cielo en el cual se elevan cantos de amor que él refleja en cada uno de ellos. Versos y prosas de una sutileza que florece de una mente erudita⁷.

Como muestra de su poesía, religiosa, sencilla, correcta, con frecuencia de tema inmaculista, recordemos un soneto publicado reiteradamente, en 1997 y 2001 respectivamente:

MARÍA INMACULADA⁸

Jamás llegó a Ti el vaho de la escoria
ni empañó leve niebla tu hermosura.
La fuerza de tu luz, divina albura,
sobre el mal lleva inscrita tu victoria.

Del linaje de Adán eres la gloria.
Compendias en tu ser el aura pura
de Dios; y de tu Cristo la ternura,
por tu faz, se derrama en nuestra historia.

Palmera de Sión que al cielo alcanzas
y ennobleces la tierra con tu talle:
Tú nos colmas de gozo y de esperanzas.

Bien venida al azul de nuestro valle:
Surgirá nuestra vida renovada
para cantarte siempre INMACULADA.

La aportación artística de Segundo Gutiérrez ha sido analizada en varias ocasiones por críticos académicos en las páginas del *Boletín*, en un amplio arco temporal, que va desde los años iniciales de la década de los 90, del siglo pasado, hasta el momento de su fallecimiento, en 2013.

En este sentido podemos mencionar el esclarecedor estudio de José María Palencia, que caracteriza la obra del sacerdote artista con rasgos afines al primitivismo:

⁷ Mercedes Fernández Doñoro, «Nombramiento en la Real Academia» [Cartas al director], *ABC*, 28 de abril de 2009, p. 12.

⁸ Segundo Gutiérrez, «Plegaria ardiente y angustiada (Fray Luis de León)», *BRAC*, 132, 1997, pp. 36-37.

Lo primero que percibí en la obra de Segundo fue una cierta sensación que podía calificarse o estar relacionada con el primitivismo, y dentro de él con el africanismo. Muchas de sus esculturas me traían a la mente las espléndidas tallas de los anónimos maestros escultores de África Negra, de Senegal, de Malí, de Zambia, de Nigeria, de Mozambique. Como las creaciones de estos auténticos artistas de piel negra, las obras del Padre Segundo suelen salir de un solo tronco virgen, aspiran a la verticalidad, reivindican el vacío como valor escultórico, y, sobre todo, las hermana el hecho de estar realizadas con la paciente labor artesana que sólo aspira a la obra bien hecha, más allá de la moda, el triunfo en el mercado o la fama en la gloria del parnaso artístico del momento⁹.

Al mismo tiempo Palencia Cerezo, crítico expertísimo, rechaza la adscripción de esta obra escultórica a la corriente expresionista:

Por otro lado, no estimo demasiado acertado calificar su obra de expresionista, sino más bien hablar en ella de la categoría de la expresividad. Y ello por una razón muy simple. Las esculturas del Padre Segundo salvo cuando suelen estar relacionadas con alguna postura del yoga y salvo rarísimas excepciones, por lo general, gracias a su origen y natural posición, presentan una clara aspiración a la verticalidad, o lo que es lo mismo, suelen tender hacia el cielo en su propósito de suprema espiritualidad. Si su estética estuviese íntimamente relacionada con lo que la ciencia del arte occidental ha calificado de arte expresionista, sus superficies serían mucho menos lisas y más agresivas, y sobre todo sus obras serían mucho más planas, tendiendo así hacia la horizontalidad de esa parte de la redonda tierra que el moderno hombre de nuestro tiempo percibe y concibe exclusivamente como suelo¹⁰.

Muy abundante en noticias de carácter biográfico y artístico, así como en referencias críticas, es el importante trabajo de Joaquín Criado Costa, titulado «Contestación al discurso de ingreso del Ilmo. Sr. D. Segundo Gutiérrez Domínguez, C.M.F.» (156, 2009). Entre otras muchas cuestiones, el profesor Criado Costa nos enumera la enorme variedad de maderas que utilizaba el padre Segundo en sus esculturas:

⁹ José María Palencia Cerezo, «La obra de Segundo Gutiérrez en la Real Academia de Córdoba», *BRAC*, 127 (1994), pp. 510-511.

¹⁰ *Ibid.*, p. 511.

Esas maderas trabajadas tan amorosamente por el nuevo Numerario son muy variadas por su origen, por sus características y por su denominación. De Europa ha trabajado en su taller maderas de abedul, acacia, adelfo, álamo, algarrobo, aliso, almendro, avellano, boj, cabrahigo, caqui, castaño, ciprés, ciruelo, enebro, encina, eucalipto, fresno, haya, laurel, limonero, manzano, naranjo, negrillo, nogal, olivo, peral, pino, plátano, maderas de aceite cabimo, anime, apamate, araguaney, balsa, bálsamo, cajimán, carbalí, caftán, cedros diversos, carreto, caoba, ceiba, capure, caripe, cañaguato, charo, chupón, gateado, guayacán, vera, pardillo, palo de hierro, samán, saquisaqui, vera y zapatero, la mayor parte venezolanas. De África ha operado sobre maderas de abebay, caoba, ébano, embero, elondo, manzonía, mongoy, samanguila, samba, sapeli y teca. Y de Asia han llegado a su taller maderas de bosse, camagón, coral, narra, palisandro y sándalo¹¹.

A continuación recuerda el comentarista el buen conocimiento que tenía el escultor de esta amplia variedad de maderas:

El P. Segundo conoce bien el color, el olor, la dureza, la densidad, la estructura y muchas características más de cada una de las maderas y así sabe de la docilidad del mijao, de la morbidez del chopo, del nudoso olivo, de la reciedumbre de la encina, de la humildad del pino, de la realeza del nogal, del veteadado del castaño y del nazareno, del poderío del samán, del lujo de las caobas, de la altura o longitud del cedro, de la oscuridad y dureza del araguaney, de la compactibilidad del gateado, de la resistencia del carreto, del torcido guayacán, de la blancura del carabalí, de la lisura y macidez del ébano, de la flojedad de la ceiba, del aceitoso y resbaladizo murciélagos o del ramosaquisaqui, hasta el extremo de que el P. Gutiérrez Domínguez considera su «amiga» a la madera —su hermana, diríamos nosotros, en línea franciscanista— con la que a veces, quizá muchas veces, establece el coloquio abierto y espontáneo al que se refiere con frecuencia¹².

Finalmente nuestro querido compañero, que ejerció durante muchos años como Director de nuestra Academia, recuerda las donaciones que el padre Segundo realizó a nuestra institución en varias ocasiones:

¹¹ Joaquín Criado Costa, «Contestación al discurso de ingreso del Ilmo. Sr. D. Segundo Gutiérrez Domínguez, C.M.F.», *BRAC*, 156 (2009), p. 11.

¹² *Ibid.*

El «Baco» que hoy dona a la Academia es la tercera obra que cede a la institución, después de las tituladas «Atlante del saber» y «Homenaje a la Real Academia de Córdoba», lo que demuestra su acendrado amor a esta Corporación que hoy lo recibe como miembro de número de la misma¹³.

Rafael Mir Jordano, en su sentida intervención en la sesión necrológica que le dedicó la Academia (2013), recuerda algunos rasgos de su personalidad y su pertenencia al núcleo de los académicos numerarios desde el año 2008:

Pero no fueron sacerdotes quienes propusieron a Segundo Gutiérrez para académico numerario en 2008, sino personas artistas de por sí o muy ligadas al arte: Emilio Serrano, Luis Bedmar y Mercedes Valverde; un pintor, un músico y una directora de museos. Esto prueba que nuestro compañero recordado hoy merecía la mejor consideración como artista. Un sobreañadido, especialmente relevante desde la perspectiva académica, sobre la bondad, cordialidad, humildad y religiosidad de la persona, que era esencialmente discreta. Si tenía que atender alguna obligación profesional que le obligara a acortar su asistencia al pleno académico, a la hora exacta se esfumaba literalmente; casi nadie reparaba en su salida¹⁴.

Y añade luego nuestro admirado compañero académico:

Pero nunca anduvo en los circuitos de la vanidad artística, en la búsqueda de gloria y fama, aunque sin duda le gustaba ser reconocido como lo que era: un escultor de gran talla con tallas grandes, cuando no desmesuradas para su frágil y breve condición física. En su última época se lamentaba de que su enfermo corazón hubiera dejado de permitirle el esfuerzo necesario para acometer las grandísimas expresiones en madera de años atrás¹⁵ (p. 183).

Nosotros participamos también en la sesión necrológica indicada¹⁶ y las ideas allí expuestas nos han servido, en parte, para ensamblar la línea expositiva de la presente semblanza.

¹³ Ibid., p. 12.

¹⁴ «Sesión necrológica en honor del Ilmo. Sr. D. Segundo Gutiérrez Domínguez, *BRAC*, 161 (2013), p. 183.

¹⁵ Ibid.

¹⁶ Ibid., p. 185-187.

SEGUNDO GUTIÉRREZ EN EL BOLETÍN DE LA REAL ACADEMIA

En el mismo medio de difusión se publicaron también diversas aportaciones del propio padre Segundo, en coincidencia con las celebraciones que suele llevar a cabo nuestra Academia, a la que pertenecía desde el 25 de febrero de 1993. Muchas de ellas son fruto de su intervención en las sesiones dedicadas a la Inmaculada Concepción, entre las que encontramos y destacamos las siguientes:

- «Juan de Mena y Juan de Mesa, dos vidas admirablemente paralelas», *BRAC*, 124 (1993), pp. 165-180, con abundantes recuerdos personales.
- «La Inmaculada en Calderón», *BRAC*, 126 (1994), pp. 91-100.
- «La Virgen María en el Corán», *BRAC*, 130, (1996), pp. 9-17.
- «Plegaria ardiente y angustiada (Fray Luis de León)», *BRAC*, 132 (1997), pp. 29-39, que incluye un soneto suyo dedicado a la Inmaculada Concepción (antes incluido).
- «Un testigo excepcional del dogma de la Inmaculada: San Antonio María Claret», *BRAC*, 136 (1999), pp. 21-30, sobre el fundador de su orden religiosa, los Claretianos.
- «La Inmaculada y los claretianos», *BRAC*, 138 (2000), pp. 121-127.
- «Maximiliano María Kolbe, adalid de la Inmaculada», *BRAC*, 141 (2001), pp. 79-83, que incluye también el mismo soneto, antes señalado, de factura propia y de tema inmaculista.
- «San Efrén, el diácono sirio, enamorado de la Inmaculada», *BRAC*, 145 (2003), pp. 145-148.
- «El misterio de la madera», *BRAC*, 150 (2006), pp. 195-199, un texto de carácter autobiográfico, que nos parece muy significativo y que incluimos en apéndice.

Por otra parte, tal como tuvimos ocasión de exponer en su momento, al dar lectura *on line* a este texto, hay que señalar que Segundo Gutiérrez es uno de los pocos académicos en el recuerdo del que conservamos algún reportaje, con imágenes y declaraciones personales en torno al arte, que son fácilmente localizables en la plataforma de youtube¹⁷.

¹⁷ Dirección url: <https://www.youtube.com/watch?v=aR-6OL3m6-c>; otro video en la siguiente dirección: <https://www.youtube.com/watch?v=gSMp1lAZMJc>

RECUERDOS DE SU BONDAD Y SU SENCILLEZ

Nosotros, sus compañeros de Academia, tendremos siempre presentes su extrema bondad, su cotidiana sencillez y su absoluta disponibilidad para colaborar en todo lo que se le pedía, siempre con una sonrisa en los labios y con una sincera humildad, rasgos que nos parecen, sin ninguna duda, características inherentes a todo buen cristiano; así colaboró con frecuencia, siempre que se lo pedimos y sus obligaciones se lo permitieron, con el Instituto de Estudios Gongorinos de esta Real Academia, instituto del que me honro ahora en ser presidente, cargo que desempeñó magistralmente durante muchos años don Manuel Gahete. Y vimos y apreciamos esa bondad y sencillez que indicábamos, en muchas oportunidades, también en la misa que anualmente se dice por el alma de don Luis de Góngora, en la capilla de San Bartolomé, de la Santa Iglesia Catedral de Córdoba, concelebrando don Segundo en múltiples ocasiones con don Miguel Castillejo.

Ese recuerdo imborrable de buena persona, de sencillez, de humildad, que siempre vimos en él, nos hace pensar que bien se le puede aplicar una frase evangélica, la que en los *Hechos de los Apóstoles* dice San Pedro (Hechos, 10, 38) a propósito de Cristo: «Pasó haciendo el bien» («fue haciendo bien por todas las partes que pasaba», dice una traducción¹⁸ del siglo XVIII), y de esto podrían hablar con seguridad y efectivo conocimiento muchas personas de su círculo más íntimo.

Entristecidos por su inesperado fallecimiento, en Granada, el 3 de agosto de 2012, a los ochenta años, edad que llevaba tan bien como comprobamos las últimas veces que lo vimos entre nosotros, pensamos, con las consoladoras palabras de Jorge Manrique:

Y aunque la vida perdió,
dejónos harto consuelo
su memoria.

¹⁸ *El libro de los hechos de los apóstoles, escrito por San Lucas*, trad., Ignacio Gueraa, Madrid, Viuda de Ibarra, 1786, p. 82.

APÉNDICE I: UN TEXTO AUTOBIOGRÁFICO

EL MISTERIO DE LA MADERA¹⁹

I. PRIMEROS CONTACTOS

Aprendí a estimar la madera nada más nacer. En la cuna labrada primorosamente por mi padre (Deogracias, Carpintero) para sus seis vástagos, con mi madre, Zósima. Fueron los primeros meses.

Pasaron muchos años –treinta–, ya en Córdoba. Mis hermanos Lucas, Juan y yo dimos con una libretita donde nuestro progenitor apuntaba el fruto de su paciente trabajo en la materia que tanto se hacía querer. Entrecalados en esta especie de diario, apuntaba los sucesos familiares que le parecían más importantes: « Hoy 27 de Junio de 1932 nos ha nacido el tercer hijo. Se llamará Segundo por su tío y Padrino y también José por la mucha devoción que se tiene en el hogar al Santo Carpintero, Padre adoptivo de Jesús».

En Bretó, insignificante tilde en la piel de España, yo iba creciendo y jugaba, enredaba y observaba las maderas. Mi infancia se iba amasando con este material tan cercano. La madera era mi amiga, como el agua, el sol, el pan o el aire. Tenía algo así como vida, color y perfume, como las flores mayas del prado. Tenía dentro un arcano que paulatinamente iba comprendiendo; las choperas, los negrillos, los hayedos o los árboles frutales estaban muy contentos y flamantes a las orillas del Esla (río calmo y límpido si los había). Yo gozaba viendo a mi padre convertirlos en tablas, machones, maderos cuadrados o redondos, largas vigas rectilíneas, curvas pinas, impecables rayos para las ruedas de los carros, cubos torneados por el mismo artefacto que él se había inventado. El carro de labranza era la pieza reina, por su ensamblaje, su cohesión, su exactitud, su vigor, su belleza externa.

Llevaba un tablero adelante y mi padre me decía, «anda, Segundín, pinta, lija, cepilla, afina que vamos a terminar este hijo de la tierra madre».

Mi padre me llevó por primera vez a una ciudad importante: Salamanca. Por varias causas; una de ellas comprar las mejores maderas en la feria de San Mateo. Me operaron allí de las amígdalas.

Tenía ocho años. Todas las mañanas, al despertar, quedaba enajenado ante la catedral, puente, monumentos y edificios que se me antojaban de oro macizo.

¹⁹ «El misterio de la madera», *BRAC*, 150 (2006), pp. 195-199.

Desde los cinco años hasta los once, mi quehacer al salir de la escuela, era posesionarme de la Carpintería o ebanistería como si fuera propia. Me familiaricé con los yugos, los arados o los bieldos; los aperos de labranza o los armarios. Me maravillaba ver actuar (en aquel sitio, la última casa del pueblo que daba al río,) al ser que —con mi madre— más quería. Me imponían los altísimos carpontes, los poderosísimos aros de hierro que coronaban y fortalecían las ruedas de encina, trabajadas con primor. Desde las grandes cómodas hasta las virtuosas consolas. Las cruces, la barca del señor Enrique, que podía hasta con los más grandes carros y sus mulas. Todo eran misterios sacados a la madera. Finas, elegantes y resistentes sillas salían de las hayas como si éstas las parieran y el constante y alegre carpintero (siempre cantando) las desbastara y le diera la última mano.

La madera me invitaba a prodigarle caricias y miradas de complacencia: la morbidez del chopo, la reciedumbre de la encina, la presencia continua y humilde del pino, el regio tejido del nogal, la veta solapada del castaño, las tangibles carnes de los frutales... Creo que hacia los cinco años osé hundir el pequeño escoplo en aquella materia casi viva. Hice —o comencé al menos— un lavadero bajo la atenta y regocijada mirada del maestro. Luego vinieron las labores de ayudar al fino ebanista; labrar con figuras geométricas la tabla que mi madre usaba para planchar los quesos, etc.

Cuando yo tenía los once años bien cumplidos, falleció mi padre, dejándonos a todos, sobre manera a mi madre, desolados. Murió sonriendo, como había vivido. Yo dejé la carpintería y me dediqué a la escuela y a los pequeños trabajos del campo. Entonces durante un año no dejaba de pintar: lápiz, tintas de color, tinta china, carboncillo. Todo un minúsculo autodidacta. Después de 60 años (cuando esta docta casa me acogió, sin merecerlo) he encontrado unos ciento cincuenta de aquellos dibujos y escarceos pictóricos que guardo como un tesoro.

Cuando mi padre nos dejó hubo un vacío indefinible. Entre Lucas, mi hermano mayor y yo le hicimos la cruz. Yo recordé la frase que me dijo (delante de mi madre y mi hermano) unos días antes de fallecer: «Tú, Segundo, que sabes pintar, pones con tu flamante letra gótica “Descanse en paz Deogracias Gutiérrez”». Yo cumplí lo mejor que pude y él tuvo su cruz, que —con el paso de los años—, los elementos y las gentes se encargaron de volverla a mezclar con su hermana tierra.

Al año siguiente entré, invitado por un misionero en su congregación: Misioneros del Corazón de María. Desde entonces, del arte de la madera no quedó apenas rastro, si no fue un pequeño ajedrez que labré en el Colegio de Sigüenza. Tenía 15 años.

II. VIDA CONSAGRADA Y COMPROMETIDA

Tuvieron que pasar 30 años para –sorpresivamente– encontrarme con mi antigua e imperturbable compañera. Y fue en Santa Cruz de Tenerife. Hube de pasar por diversas casas religiosas en Sigüenza, Jerez de los Caballeros, Zafra, Roma y Córdoba.

Llegué a esta envidiable ciudad cuando cumplía los 30 años.

¡Cuánto me ayudó esta deliciosa gente! Lo digo con toda sinceridad y afecto. Fue mi profesor de dibujo el mejor discípulo de Julio Romero de Torres y Mateo Inurria: Don Antonio Costi. Mi animador el malogrado Miguel del Moral, con López Obrero, Zueras, Botí, Salguero. Pero mi labor fue casi exclusivamente sacerdotal y Misionera. Córdoba se me metió hasta el hondón del alma. «Ingresa en Bellas Artes», me decían.

Justamente fue entonces cuando me destinaron a Tenerife, donde residiría dos años.

Ingresé en el 68 en Bellas Artes. D. Miguel Márquez escultor completo me dijo un día: «¿Por qué no haces talla?: lo tuyo es la escultura en madera». Puede que Vd. sea profeta, porque mi padre era carpintero. Todas las ilusiones de mi infancia reverdecieron y volví al misterio inacabable de la madera.

Dos años estuve en Santa Cruz de Tenerife gozando de la convivencia simpática y abierta de aquellos «Chicharreros y chicharrerías»: comencé a labrar algunas figuras: flores, corazones, dos canguros hechos de raíces, un pequeño Cristo y una Virgen de igual tamaño. Cuando menos lo pensaba, me destinaron allende los mares, justo a Venezuela. D. Miguel, mi guía me despidió: «sigue con la madera, imita a los grandes artistas de la historia, no ceses, el tiempo te sonreirá y podremos hacer entre los dos un gran Cristo que se yerga sobre el Teide». Pero dejé mi querida patria, lleno de proyectos misioneros e ilusiones artísticas –siempre trabajando la madera.

III. SURAMÉRICA. EL CENTRO DEL MISTERIO

Se nos cuenta que los españoles de aquellos tiempos entraron en esta inmensa tierra por el norte: justo, Venezuela.

Ante sus ojos se extendían corrientes de aguas caprichosas, macizos inimaginables y variadísimos de árboles de toda clase; allá lejanos Los Andes.

De momento, divisaron conjuntos variopintos de cabañas, chozas, rústicas casas. Parecían emerger del lago, del mar.

Se distribuían simétricamente, formando especie de calles, recodos, salientes, lenguas: todo eran casas originalísimas. Surgió un grito unánime: «Es como Venecia en pequeño» «Veneciola» decían comparando aquellos

habitáculos con la ciudad del arte, del comercio y de las aguas junto a la casa. «Veneciola» era Venezuela o pequeña Venecia. Pero y ¿cómo se sostenían? Ahí comenzaba el arcano: aquello eran viviendas que semejaban garzas extrañas y variadas.

Estaban sustentadas por troncos labrados en uno de los más duros y resistentes del mundo: el mangle. Suplía los más recios metales. Tenía un sentido funcional y artístico. Además aquellas columnas subacuáticas endurecían con el paso del tiempo. Misterio.

Si nos adentramos en dirección a los Andes nos encontraremos con la bellísima Mérida (150 habitantes a 3.000 metros de altura). Tiene la más antigua universidad de Venezuela. Se llama la ULA (Universidad de Los Andes). Aquí los generosos ingenieros me regalaron 25 clases de diferentes maderas. Ya están convertidas en estatuas y andan por el mundo diciendo lo que son orgullosas de servir a los humanos y dándoles ejemplo de docilidad, cohesión, brillantez, gallardía. En esta universidad andina, está, a mi modo entender, uno de los mayores y mejores laboratorios de maderas. Los machones que sustentan el techo inmenso son de samán y tienen una longitud de 28 metros por una anchura de un metro y un grosor de 50 centímetros.

Allá abajo se extienden exuberantes y extensísimos Los Llanos.

(Recordemos «Yo nací en una ribera del Arauca vibrador: soy hermano de los pumas, de las garzas de las rosas y del sob»). Lo mismo en los Andes que en los Llanos de Apure o de Barinas pululan series diversísimas de vegetales. En los Andes y sus laderas cubren grandes extensiones los majestuosos samanes —todos ellos fibra y poderío, pero es dificultoso su labrado. Tendré de esta madera alrededor de una cincuentena de figuras repartidas por esos mundos. Las rodajas de este señor de la selva andina, de 3 metros de grosor, nos servirían para labrar y taracear mesas, con tales caprichos de oscuros veteados que ya los hubiera querido el Rey Sol para sí. Lástima que las espesas y fornidas ramas, desgajen por dentro el tronco principal.

Lo más sobrecogedor en la selva es el silencio. Recuerdo una noche en que me dejó solo —para que saboreara su embrujo—, mi amigo el señor Prieto Zayas. Aquella brillante noche pude recorrer las diversas veredas bien cuidadas de la hacienda. Surgieron en mí toda suerte de imaginaciones, proyectos, caprichos, menos el miedo. En mi soñadora imaginación surgían los cedros, los caobos, los apamates, los araguanays, los gateados, los carretos, los pardillos, los morados nazarenos, los áureos guayacanes, los dorados cajimanes.

Las maderas, cuanto más duras, suelen ser más vistosas. Todo lo tenía allí a mi lado y recordaba los incipientes pasos de mi infancia y mi connivencia con material tan exquisito. Y todo sin el más mínimo asomo de temor por las fieras, los ladrones, las serpientes incluso, ya que aquella hacien-

da estaba cuidadísima, y ni las corales, ni las cascabel asomaban por aquellos lares. El carabali es blanco como la nieve, el murciélago (así) es aceitoso y resbaladizo: el paují es como un paraguas cuajado de florecillas rosa. Algarrobo, cañaguato, yero son tan duros como el ébano africano, pero más nobles y dúctiles a las gubias.

La madera que últimamente más trabajo es el saquisaqui (como suena), está entre la ceiba (floja) y el cedro rojo. Verde pesa como el plomo y seca, como el corcho: absorbe el agua y su savia parece ser mercurio: tiene varios matices y su capacidad de seguir moviéndose después de cortada. Yo mismo he quedado sorprendido, 20 años después de hacer a nuestros primeros padres, acurrucados de tamaño natural, cómo la Eva se había vuelto como para mirar a Adán. Cosa admirable.

Tardaría mucho en nombrar tanta gama de árboles y madera. Vuelvo a mi infancia con todo este arsenal, y percibo que la madera, además de ser mi Amiga ha sido mi educadora. No hay un árbol que no te diga nada. El mijao es dócil y se deja reducir a enormes y finas planchas; las múltiples ramas del saquisaqui te invitarían a labrar al mitológico gigante Briareo, con sus 100 brazos.

A veces la madera se deja seducir y seduce. Siempre es fiel. En ocasiones te dice «no me hieras tanto». Otras, «desbasta, ahonda, lija, frota, abrillanta, úsame con ternura». Parece llevar espíritu dentro y en circunstancias es coqueta, algo rebelde y antojadiza: Lleva razón en dejarse sacar de su interior la gana de vivir y trabajar, de ayudar o reprender (por aquí, no). La encontrarás siempre esperándote para guiarte, conversar, lanzar por el mundo entusiasmos, esperanzas, alegrías, amores y dolores, hasta recibirte quieta, cuando, al final de tus días te abrace serena y se convierta en ti. Entonces quedará sellada la más suave, incommovible y gozosa amistad.

No quisiera terminar sin hacer una sucinta, pero curiosa elucubración, un algo teológica. Me lleva esta madera que me envuelve, y a la que puedo besar sin espasmos, a Nazaret, al lugar del más ilustre y sencillo carpintero y supremo artista.

IV. AMIGA DEL MEJOR AMIGO

La madera es paciente, hermosa, entrañable, callada: toda ella te lleva, quemándose al hogar, para que, soñando, sigas promoviendo tantos testimonios y mensajes que ella da.

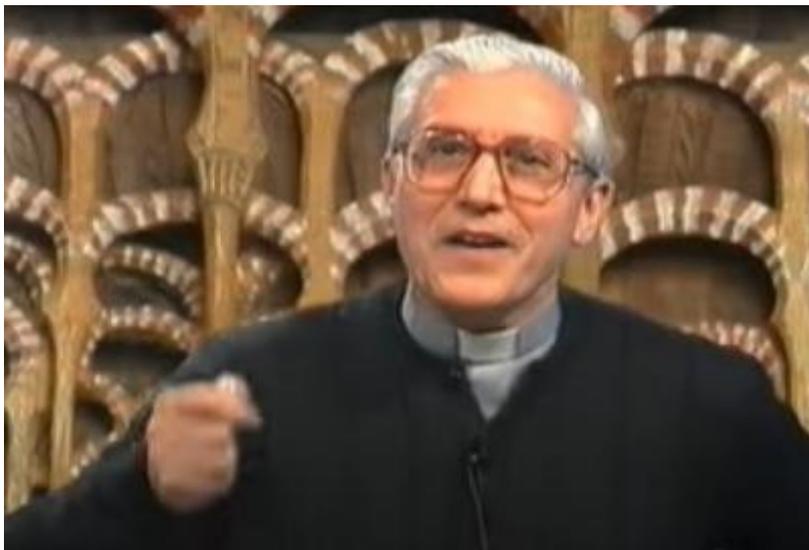
Bien lo supo el Supremo Maestro, el mejor compañero.

En uno de tantos sueños, como cualquiera pudiera tener, yo tuve el mío: Pero si es que Jesús, el Hijo adoptivo del Carpintero y de María, no se separó nunca de la madera.

José le tendría preparada su cuna que hubo de compartir con un pesebre. En el taller se haría entender de las astillas, de los cepillos o de las banquetas. Remos, barcas y aperos de labranza los tenía allí dialogando. Posiblemente usara chancletas de madera, y, acaso bastón. Para comer la mesa bien dispuesta, las sillas y los divanes. Cucharas, tenedores, reclinatorios. Se admiraría ante la nudosa hueca madera de olivo. El ciprés apuntaría al Padre. La palmera llenaría de gozo su espíritu. La madera de las barcas se le haría tan entrañable como Natanael o Andrés. La mesa de la Eucaristía debía de ser elegante, espaciosa: era de un amigo. Ya habría otros que le prepararan, en madera, la cruz. Recostado sobre la madera y cosido a ella, moriría: en cruz gritará y rogará por todos al Padre.

La madera siempre. Desde entonces la madera será el árbol bendito y definitivo.

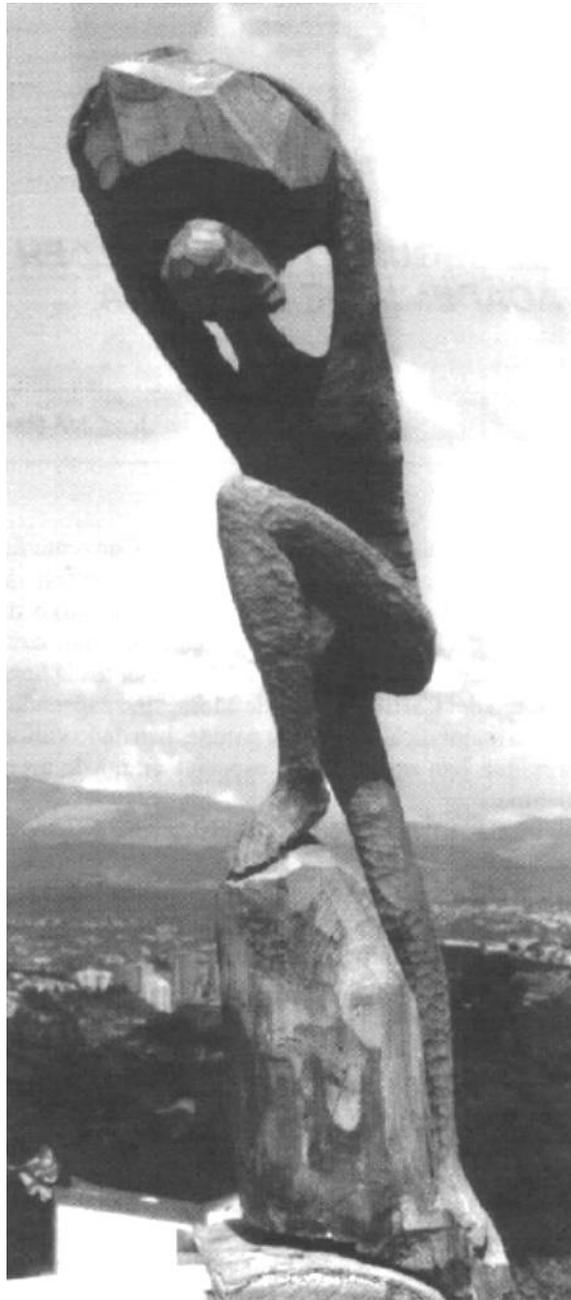
Y Él, Jesús, volverá, al fin, con su cruz, nos la mostrará sonriente, y todos nos daremos cuenta que está labrada en una madera que ni el más entendido ebanista o escultor pudiera imaginar.

APÉNDICE II**ALGUNAS IMÁGENES**

P. Segundo Jiménez Domínguez



Iris (Mensajera de los dioses). Madera de caoba (Venezuela)



Suplicio de Sísifo. Cedro (Caracas). Acacia (Córdoba)

La colección «Francisco de Borja Pavón» de la Real Academia de Córdoba recoge las semblanzas de los académicos fallecidos desde su fundación en el año 1810. El presente volumen, quinto de la colección, recopila nueve semblanzas biográficas de otros tantos académicos que vivieron y desarrollaron su labor en el ámbito de las Ciencias y de las Letras en los siglos XIX, XX y XXI, contribuyendo con ello al desarrollo cultural de Córdoba. Sus autores son, asimismo, miembros actuales de la citada institución.

En el libro, tras el prefacio y prólogo, se han glosado -por orden cronológico de nacimiento- las siguientes personalidades académicas: **Rafael Ramírez de Arellano** (1854-1921), pintor, escritor y cronista entre Córdoba y Toledo, por José María Palencia Cerezo; **José Manuel Camacho Padilla** (1888-1953), catedrático, escritor y académico, por José María de la Torre García; **E. Aguilar de Rücker** (1897-1991), novelista y académica, por Marisol Salcedo Hierro; **Joaquín Moreno Manzano** (1920-2013), blasones y milicia, por Diego Medina Morales; **Ana María Vicent Zaragoza** (1923-2010), el museo como centro de protección del patrimonio histórico de Córdoba, por María Dolores Baena Alcántara; **Segundo Gutiérrez Domínguez** (1932-2012), la religión, la poesía y la madera, por Antonio Cruz Casado; **Jacinto Mañas Rincón** (1933-2020), médico y poeta, por Antonio Varo Baena; **Antonio Arjona Castro** (1938-2013), medicina, al-Andalus y Academia, por Rafael Frochoso Sánchez y María Jesús Viguera Molins; y **Manuel Pineda Priego** (1952-2021), profesor, emprendedor y académico: trayectoria vital de un gran compañero y mejor amigo, por Aniceto López Fernández y Manuel Blázquez Ruiz.

Con estos nueve académicos en el recuerdo son ya cuarenta y ocho los académicos rememorados y perpetuados en la presente colección, al tiempo que «su» Academia los rescata del pasado y vuelve a reconocerles su entrega y laboriosidad en pro de esta docta Casa, o lo que es igual, en pro de la cultura, de su tierra y de sus gentes.

